



Si tienes afición desordenada a la lectura de libros y no velas, lee despacio y medita.

Lo que puede significar leer libros «mundanos»

La recia pluma de San Jerónimo, «El Doctor máximo en la exposición de las Sagradas Escrituras», se hacía sencilla, familiar, a la vez que elegante, maestra, en sus famosas «Cartas». Las «Cartas» de San Jerónimo tienen un sabor inconfundible, cuyas exquisiteces tardan en olvidarse cuando se han ido paladeando en una traducción lenta, intencionadamente lenta y deleitosa. A Heliodoro desde Calcis de Siria, en el año 374, le apremia a que vuelva al yermo, rompiendo la cárcel de las humeantes ciudades y atrojando el peso de la sombra de los techos. A Paula, viuda y abadesa, le reprocha que sea demasiado madraza y la consuela tiernamente en la muerte de Blesilla por la que él mismo, sin embargo, no puede menos de llorar. A Julián, diácono de Aquileya se le queja donosamente de que no le escriba. A Eustoquia, virgen romana, le manda, como carta, todo un tratado sobre la virginidad, sus excelencias y sus peligros: «Perece también la virginidad con el pensamiento; que tu vestido no sea demasiado ciculado ni descuidado y que en nada llame la atención...; rara sea tu salida en público...; lee con frecuencia y aprende mucho...»

Pero, ¿qué ha de leer? Esto nos interesa directamente y se nos antoja ya un regalo de San Jerónimo. «¿Qué tiene que ver, dice, el Salterio con Horacio, los Evangelios con Virgilio, Cicerón con el Apóstol?» Y luego se expansiona en una intimidad familiar: «Voy a referirte mi desventurada historia:

Habiendo yo, hace varios años, dejado por el reino de Dios, casa, padres, hermanas, deudos y, lo que es más difícil, la costumbre del bien comer, he ido a Jerusalén para militar allí en Cristo; no podía del todo carecer de la biblioteca que con muchos afanes y trabajo fuí allegando. Y yo, miserable, para leer a Tulio ayunaba. Después de frecuentes trasnochadas y de lágrimas, que la recordación de mis pretéritos pecados exprimía de mis profundos adentros, tomaba a Plauto en las manos. Si a las veces, volviendo en mí mismo, empezaba a leer los Profetas, horrorizábame su inculto estilo, y no viendo la luz por tener ciegos los ojos, no creía fuese culpa de los ojos, sino del sol.

Cuando así se burlaba de mí la antigua serpiente, penetró en las médulas una fiebre a mitad mismo de Cuaresma, invadiendo mi exhausto cuerpo, y, sin tregua, lo que sería increíble, de tal modo se

cabó en mis infelices miembros, que quede casi en los huesos.

Entre tanto, preparábase las exequias, y el calor vital del alma, frío todo el cuerpo, palpitaba ya sólo en el tibio pechecillo. Cuando de súbito, arrebatado en espíritu, véome arrastrado ante el tribunal del Juez, donde tanta luz y tanto fulgor había por claridad de los circunstancias que, derribado en tierra, no osaba mirar a lo alto.

Preguntado a cerca de mi condición, respondí era cristiano. Mas el que presidía díjome: «Mientes; ciceroniano eres, no cristiano; donde está tu tesoro, allí también está corazón». (Mat., 6.)

Quedé al punto mudo, y mientras me azotaban—pues mandáronme azotar—era todavía más atormentado por el fuego de la conciencia repitiendo entre mí aquel versículo: «Pero en el infierno, ¿quién te alabará?» (Salmo 6). Empecé a clamar y a gemir diciendo: «Ten misericordia de mí, Señor; ten misericordia de mí!» Esta voz resonaba entre los azotes.

Finalmente, arrodillados los presentes ante el Juez, rogábanle concediese perdón a mi mocedad y diese espacio de penitencia a mi error, pidiendo ser atormentado si en adelante leyese libros de autores gentiles.

Yo, que en tan apurado trance me veía, hubiera querido hacer aún mayores promesas; comencé a jurar y a decir, poniendo su nombre por testigo: «Señor; si alguna vez tengo códices mundanos, si los leyere, te he negado».

Y no fué aquello sopor o vanos sueños: confieso haberme durado doloridas las espaldas y haber sentido tras el sueño las llagas, y con tanto afán leí en adelante las divinas letras como hasta entonces había leído las mortales.

«Si los leyere, Señor, te he negado». ¿Tanta importancia concede San Jerónimo a la lectura de los libros mundanos? ¿No es demasiado dura la palabra «negar»?

La carta a Eustoquia se ha cortado al llegar aquí, y hemos cerrado el libro. Las palabras del Dr. de la Iglesia martillean nuestra preocupación como un imperativo que no se puede desoír. ¿Quién sonreirá escépticamente cuando se le diga: La lectura de tal novela es gravemente peligrosa?

Estamparemos otra vez las—así las llamaba él—palabras sacramentales: «Señor, si alguna vez tengo libros mundanos, si los leyere, te he negado.»

(De la revista «Sipe»)